

1867.
Proclamado
Maximiliano.

Don José María de Lacunza, presidente del Consejo de Estado, se puso en marcha el trece de Febrero con una brigada de mil y quinientos hombres escogidos, mandada por el general Márquez. Despues de haber tenido dos encuentros en la hacienda de la Lechería y en Calpulalpam con los republicanos, en que éstos fueron derrotados, llegó S. M. á San Juan del Rio el dieciseis y expidió la proclama siguiente: «Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército, que apenas, dos meses hace, podía principiar á reunirse y á formarse. Este día lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo: obstáculos ajenos de mi voluntad me detenian. Ahora *libre de todos los compromisos*, puedo seguir mis sentimientos solamente. Nuestro deber nos obliga, como á ciudadanos leales, á combatir por los dos principios más sagrados del país: por su independencia, amenazada por hombres que, en sus miras de egoismo, quieren hacer tráfico hasta del territorio nacional, y por el orden interior, que vemos turbado todos los dias del modo más cruel, con perjuicio de nuestros conciudadanos pacíficos. *Libre toda nuestra accion de toda presion extranjera*, procuraremos mantener y llevar muy alta la honra de nuestra gloriosa bandera tricolor. Yo espero que los Generales á sus oficiales, y éstos á sus tropas, les darán el noble ejemplo de la más estricta obediencia y la más severa disciplina, indispensables en un ejército que debe realzar la dignidad nacional. De valor y resolucion es inútil hablar á los mejicanos: es el patrimonio de nuestro país. Al animoso general Márquez le he nombrado jefe de mi Estado Mayor. He repartido el ejército en tres cuerpos: el primero á las órdenes del valiente general Miramon; el segundo á las de su actual Jefe, y el tercero á las del intrépido general Mejía. Espero de un momento á otro la llegada del valeroso

general Méndez, con sus fieles y aguerridas tropas, que se unirán al segundo cuerpo. Ya tengo á mi lado al patriota general Vidaurri, que va á organizar sus tropas lo más pronto posible y abrir la campaña en el Norte. Tengamos confianza en Dios, que protege y protegerá á Méjico, y combatamos con indomable energía bajo esta sagrada invocacion: ¡Viva la independencia!»

CAPITULO XV.

Para escribir este capítulo he tenido á la vista todo lo que se ha publicado en francés relativo al sitio de Querétaro; el *Manifiesto* del general Márquez y su *Refutación*, en español ambos documentos, en contestacion el primero á los cargos que le hicieron varias personas, y el segundo á la acusacion, en francés, y en mi concepto infundada, del general Ramirez Arellano, de haberle hecho traicion á Maximiliano. Tambien he recibido informes verbales y por escrito, de testigos presenciales y de otras personas veraces; y he tenido á la vista la obra del doctor Basch á quien citaré textualmente. A pesar de las contradicciones en todo lo que he leído, creo haberme aproximado cuanto es posible á la verdad, en la relacion que voy á hacer de los acontecimientos de Querétaro, á cuyo fatal desenlace no contribuyeron poco los celos y las rivalidades de varios generales, y la impericia de Maximiliano en asuntos militares. Se repitió allí la eterna historia del mundo, como ha vuelto á repetirse en Francia en la última guerra: los celos y las rivalidades de los generales han producido siempre grandes males á sus países respectivos.

Llegó Maximiliano á Querétaro el diecinueve; fué recibido por aquella poblacion con las muestras del mayor entusiasmo. «Los generales Miramon y Mejía»,

1867.

Advertencia.

Llegada del
Emperador á
Querétaro.

1867.

dice el doctor Basch, «salieron al encuentro del Emperador. La entrada de S. M. en la poblacion fué brillante, habiéndosele hecho una acogida entusiasta que manifestaba el júbilo más sincero. Al aproximarnos á las fortificaciones exteriores principiaron las salvas de artillería, las calles estaban llenas de gente, y los *vivas* del pueblo se hacían oír sin interrupcion. Un poeta aprovechó tan oportuna ocasion, para inspirarse componiendo un himno al Emperador que se arrojaba impreso á los concurrentes, los cuáles se lo disputaban como cosa de gran precio. S. M. fué recibido en el Casino Español, donde se le había preparado alojamiento, por los jefes militares y autoridades civiles, acompañándole todos acto continuo á la Catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*. El general Miramon y el prefecto general Escobar arengaron á S. M.: el último terminó su discurso con las siguientes palabras: *Dios os bendiga Señor y á nosotros tambien; y que la posteridad os proclame con el justo título de gloria, de Maximiliano el Grande.*»

Al dia siguiente dirigió S. M. una comunicacion al alcalde manifestando su satisfaccion, y dando las gracias por la ovacion que se le había hecho.

El mismo dia de la llegada del Emperador escribió el general Márquez una carta particular al Sr. Lares, llena de falsas apreciaciones sobre las fuerzas republicanas, pues decía «que el mismo Emperador había visto que lo que se le había manifestado al Emperador que eran brigadas y divisiones del ejército juarista, que obraban de concierto y obedecían á un centro comun, no eran sino partidas miserables de malhechores, que hacían la guerra por cuenta propia, arruinando á los pueblos, sin reconocer á ningun centro y, en general, sin ocuparse mucho de D. Benito Juárez.» Muy equivocado estaba Márquez, pues vamos á ver que *las partidas miserables de malhechores*, obedeciendo á Juárez,

Carta errónea de Márquez al Presidente del Gabinete, sobre las fuerzas enemigas.

1867.

rodeaban á Querétaro en número de veinticinco mil hombres á los pocos dias.

El veintidos llegó á Querétaro la division del general Méndez: ántes de entrar en la ciudad le pasó revista el Emperador; fué recibido con el mayor entusiasmo S. M. por aquellos aguerridos soldados, que tan buenos servicios habían prestado en Michoacan. El mismo dia expidió el general Miramon la proclama siguiente:

«Soldados: La lucha que desgarrá el seno de la patria es sostenida por un enemigo salvaje, de quien huyen las poblaciones en masa por sus violencias, por sus rapiñas y por sus instintos feroces: ese enemigo ha vendido el territorio nacional á los *yankees*, porque lo mismo trafica con el honor de las familias, que con los plagios y la Independencia de Méjico.

»Sus primeros corifeos, tales como Corona, violan las capitulaciones que se ratifican bajo la garantía del honor, de la conciencia y de la opinion pública: las tropas del general Chacon acaban de ser víctimas en Colima de una alevosía que no puede calificarse. Juárez y su camarilla fusilan á centenares de nuestros camaradas, y asesinan en Tepetates á uno de vuestros generales, que, por el solo hecho de estar herido, habría sido respetado aun por las tribus de los caribes: la barbarie de esos hombres sin corazon, que se apellidan partidarios de la libertad, barbarie que ha lastimado mis más tiernos y naturales sentimientos, hace degenerar la contienda que sostenemos por honor de la sociedad, en una guerra sin cuartel, que orilla los males públicos á una extremidad altamente deplorable: sea en hora buena, puesto que ellos lo han deliberado así.

»Soldados: se nos ha arrojado un guante que implica un duelo á muerte: hagamos á nuestros cobardes enemigos el honor de levantarlos; pero escuchad los últimos y lejanos ecos del malogrado general Osollo, que

Llega á Querétaro la division del general Méndez; le pasa revista el Emperador.—Proclama de Miramon.

1867.

exclamaba en 1858: «¡Ay de los vencidos!» ¡Viva el Emperador; viva el ejército mejicano!»

No era defensible Querétaro.—Observacion.—Disculpas de Márquez.—No satisfacen.—Comentarios.

Querétaro es una ciudad enteramente abierta, dominada por los montes del Cimatarío, de Carretas y de San Gregorio; si el Emperador y el general Márquez creyeron que era un punto estratégico ¿cómo salió Su Majestad de la capital sin llevar los medios de poner la ciudad en estado de defenderse? Dice el general Márquez: «No fui yo sino el Emperador, quien dirigió las tropas que le acompañaron de Méjico á Querétaro; y si los elementos que llevó le parecieron á Arellano insuficientes, á S. M. le parecieron demasiado abundantes: primero porque sabía, como que lo había visto en la Ciudadela y los cuarteles, que casi no contábamos ni con tropas ni con elemento alguno de guerra; y despues, porque su salida de la capital lo verificó haciendo comprender á todo el mundo que regresaría dentro de quince dias, á más tardar, puesto que sólo iba á Querétaro para hablar con Miramon, impedirle que siguiera hasta Méjico, arreglar todo lo relativo á la campaña, ver lo que se necesitaba para ella y regresar violentamente á Méjico á fin de proporcionar y remitir cuanto fuese posible.—En estos términos me habló el Emperador á nuestra salida, y hasta la segunda jornada no me confió el pensamiento secreto que tenía de no regresar, sino seguir con el ejército hasta establecer el Gobierno en Lagos como el punto más céntrico y más á propósito, en su concepto.—Así es que, tanto por esta reserva que el Emperador guardó conmigo á nuestra salida, cuánto por la escasez que teníamos de todos los elementos de guerra, segun ántes dejo manifestado, y segun lo sabe todo Méjico, ni el Emperador podía mandarme que yo dejase preparado un convoy para que marchase luego á Querétaro, ni aun cuando S. M. lo hubiese mandado hubiera sido

1867.

esto posible, porque ni había objetos que llevar, ni tropas que los escoltaran.»

No es fácil comprender cómo podían parecerle al Emperador *demasiado abundantes los elementos que llevó* al salir de la capital, cuando S. M. *sabía que casi no se contaba ni con tropas ni con elemento alguno de guerra*, sobre todo teniendo intencion de no volver pronto, sino de seguir con el ejército hasta establecer el gobierno en Lagos. El Emperador, que no era militar, fué, en efecto, el que dispuso salir de la capital sin llevar los medios necesarios para emprender la campaña; mas deber era del general Márquez haberse opuesto á continuar la marcha, luego que S. M. le confió *su pensamiento secreto*; y si el Emperador hubiera insistido en su plan, el Jefe de Estado Mayor debió haber consignado su opinion por escrito para dejar á *salvo la responsabilidad* que pesa sobre él.

En medio de las contradicciones y mútuas acusaciones de los generales Márquez y Arellano, convienen ambos en que no llevó el Emperador ni la artillería, ni las fuerzas, ni los recursos necesarios para ir á Lagos, en donde era de esperarse que los republicanos le atacaran. Si el general Márquez creyó que las fuerzas republicanas *no eran sino partidas miserables de malhechores*, ¿para qué se necesitaba la presencia del Emperador en el ejército, y no insistió en que S. M. volviera á la capital?

Por mucho que se quiera disculpar la conducta del general Márquez, no veo que él mismo se disculpe; pues en su *Refutacion* no dice que hiciera observacion alguna al Emperador; lo que aparece es que se limitaba á cumplir sus órdenes, y Maximiliano, como he dicho, no tenía conocimientos militares y mucho ménos los especiales y prácticos que se necesitan para la guerra en Méjico.

1867.
Órdenes á la capital, pidiendo artillería.—Contestacion del Presidente del Gabinete, que manifiesta la escasez de tropas, de artillería y de municiones que había en la capital.

Al día siguiente de escrita su carta del diecinueve, expidió el general Márquez, por disposicion del Emperador, las órdenes más apremiantes que repitió el veintiuno, para que se enviaran á Querétaro dos baterías y varios efectos de guerra. Verá el lector á continuacion la respuesta del Presidente del Gabinete, que da una idea exacta de la imprevision con que dispuso Maximiliano su salida de la capital: «*Méjico, Febrero 24 de 1867.*—Excmo. Señor:—He recibido el veintidos las dos comunicaciones reservadas de V. E. de veinte del corriente, y ayer la de veintiuno, en que me repite una del veinte, y ambas comprensivas de las órdenes de Su Majestad, para que se remitan á ese Cuerpo de Ejército las baterías y los efectos de guerra que expresan, é inmediatamente las comuniqué á la Direccion de Artillería, y de acuerdo con el Ministerio de la Guerra y el segundo jefe, general Tabera, debo manifestar á V. E., que no siendo posible alistar desde luego dos baterías, está lista una de á 8 y obuses de á 24, por no haber de á 12 y 36; que el mayor número de tiros posible que se ha podido proporcionar para cada pieza, es de 150, y el de 100 granadas por obus, por no haber más. Que los dos millones de cápsulas de guerra y los 20.000 estopines fulminantes están listos y se remitirán; así como la turquesa de 15 adarnes y una máquina de arrancar espoletas.—La batería y demás efectos de guerra, deben ser conducidos hasta Arroyo Zarco, segun V. E. me comunica, por una columna compuesta de las tres armas, en la que tendrá lugar el Regimiento de Húsares, avisando con anticipacion por correos triplicados el día que exactamente salga de Méjico dicha columna, con toda precision; y las jornadas que haya de hacer, á fin de que de allá salga otra columna que llegue hasta dicha Hacienda de Arroyo Zarco, á recibir los efectos.

»Antes de disponer la ida de aquí de la columna de

1867.

las tres armas con el Regimiento de Húsares, debo manifestar á V. E. para su gobierno y conocimiento de Su Majestad el Emperador, que la columna que debe salir de esa á recibir los efectos, debe ser más fuerte que la que S. M. llevó; porque segun las noticias exactas que se tienen, la reunion de las gavillas que en estos dias se han estado formando, puede hacer un total de cerca de 6.000 hombres, que, aunque mal armados, es un grueso muy superior al de las gavillas que molestaron la columna que llevó S. M.

»Segun la opinion del Ministro de la Guerra y del general Tabera, la columna que salga de esa, debe ser lo ménos de 3.000 hombres de las tres armas. Por la razon indicada, la columna que salga de aquí debe ser tan fuerte como la que de allá venga, y nadie mejor que V. E. sabe cuál es el estado de las fuerzas de la capital, y cuál el estado en que quedarían sacando una columna de 3.000 hombres de lo mejor, que avanzará hasta Arroyo Zarco.

«Se combinará todo con el buen servicio y con la seguridad de la capital, si la columna que salga de esa, fuerte de 3.000 hombres ó más, avanza hasta Cuautitlan y allí recibe los efectos de la que salga de aquí, porque en tal caso, una sola noche basta para practicar la operacion, y en una sola noche no corre riesgo alguno la capital, por la falta de la columna que salga hasta Cuautitlan, mientras que nada puede oponerse á que la columna que salga de esa avance tres jornadas más, al indicado punto.

»(Muy reservado.)—V. E. sabe muy bien que la única tropa buena que aquí existe es el regimiento de Húsares, por lo que sería muy conveniente que éste se volviera á la capital, donde su servicio es tanto más interesante, cuanto lo es sobre todo la conservacion de la capital.

1867.

»Aun ganada, como seguramente esperamos, la accion en el interior, no daría resultado alguno, si desgraciadamente se perdiera la capital, porque en tan desgraciado evento el Gobierno del Imperio dejaría de ser reconocido por el Cuerpo Diplomático que se retiraría inmediatamente, segun sabemos, siguiendo la costumbre de no reconocer por nacional sino al Gobierno que ocupa la capital, en la que sin duda se establecería otro; y ésto nos envolvería en mil dificultades que á todo trance es preciso evitar, manteniendo con toda seguridad la capital: ésta se halla ahora amenazada por las gavillas de Tlalpam, San Angel, Mixcoac, Atzacozalco, Tlalnepantla, San Cristóbal, Texcoco y Chalco, las que se concentran tal vez con la mira de hacer un esfuerzo sobre la misma capital.

»Es el resúmen de lo últimamente expuesto, primero: la columna que salga de esa á recibir la batería y los efectos, debe ser más fuerte que la que llevó S. M. el Emperador. Segundo: que debe venir hasta Cuautitlan, para que no pase de este punto la que salga de aquí que debe ser igualmente fuerte y de las mejores tropas. Tercero: que se vuelvan los Húsares.

»Espero, pues, la resolucioñ de S. M. á fin de dictar las órdenes para la salida de la columna, pues es de mi deber hacer presente, de acuerdo con los generales Portilla y Tabera las indicaciones referidas. Entre tanto se hacen los mayores esfuerzos para montar otras piezas, y aumentar el número de tiros que se han de remitir, así como para enviar la cantidad de dinero que sea posible con la misma columna.»

El veintidos hubo Junta de Guerra para discutir el plan de campaña; en ella dijo el Emperador que no siendo soldado S. M., confiaba el mando de las tropas á Márquez, por lo cuál se dió por ofendido Miramon, que habiendo sido presidente de la República y general de

Dirige Miramon una carta á Maximiliano resistiéndose á ponerse á las órdenes de Márquez.—Contestacion.—Nueva carta de Mira-

division más antiguo que Márquez, no quería estar subordinado á éste; pero Maximiliano no tenía confianza todavía en Miramon, á pesar de las grandes pruebas de lealtad que ya había dado á S. M., y si confiaba mucho en Márquez despues que éste volvió de Europa. Miramon dirigió una carta al Emperador manifestando que «por fidelidad á S. M. y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á los republicanos, pero pedía que inmediatamente despues de la accion, se le relevara del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir á las órdenes de Márquez.»

El Emperador le contestó recomendándole la subordinacion, y diciéndole que tenía plena confianza en el general Márquez para el puesto que desempeñaba. Miramon dirigió otra carta á S. M., en que decía: «Tal vez mi carta anterior no ha sido interpretada en el verdadero sentido que quise dar á mi pensamiento, y por esta razon, me interesa explicarla nuevamente á V. M. Decía que, desde el momento en que el general Márquez ha sido designado para ejercer el mando del ejército, no podía quedar bajo sus órdenes; y que únicamente por fidelidad á V. M., conservaría el mando del cuerpo de infantería para tomar parte en la primera batalla.

»Las graves razones que tengo para obrar así, son tan públicas, que me parece inútil indicarlas; pero deseoso de que no se me acuse de insubordinado cuando soy el primero en obedecer, me encuentro en la necesidad de expresarlas á V. M. El general Márquez ha sido hecho general de brigada por recomendacion mia. Despues, siendo yo Jefe del Estado, aproveché la primera ocasion que se me presentó para elevarle al rango supremo del ejército. Este General, en cambio de esa conducta, intentó proclamar presidente al general

1867.
mon al Empe-
rador.—Obser-
vacion.